

# DE LOS ARGONAUTAS A LA TERCERA ROMA. EL MUNDO GRIEGO Y RUSIA\*

PEDRO BÁDENAS DE LA PEÑA  
C.S.I.C., Madrid

Mi participación en este coloquio sobre las puertas de Rusia, pretende ser el principio de un camino que, al menos conceptualmente, contribuya al estudio interdisciplinar de los factores que han determinado la configuración de una ecúmene desde el Egeo hasta estas orillas del Báltico.

Si de algo podemos estar hoy seguros es de que nuestras sociedades parecen haber perdido algunos o muchos de sus puntos de referencia. Nuestro mundo es ahora muy distinto del que teníamos hace cuatro o cinco años, quizá por ello rebroten viejos fenómenos que ya creíamos superados. Se echa mano de la historia en busca de identidades homogéneas, pero en realidad lo que se alumbran con esas ficciones son nuevas formas de división entre las gentes. La reflexión sobre la historia es un proceso de conocimiento que sólo nos permite analizar el pasado y comprender así, con mayor o menor exactitud, el presente, pero que desde luego no nos autoriza a diseñar el futuro ni predecirlo de modo determinista. El futuro —individual y colectivamente— depende sólo de nuestra sensatez y de lo que hayamos aprendido

\* Ponencia inaugural presentada en el Coloquio Internacional «Culturas fronterizas entre Oriente y Occidente» organizado por la Academia Rusa de Ciencias, la Fundación Pushkin y el C.S.I.C. y celebrado en San Petersburgo del 12 al 14 de Septiembre de 1994.

de nuestro pasado y presente. Pretender resucitar un pasado identificador, o sea, una historia imaginada puede convertirse en el camino con más probabilidades de fracaso.

Mi intención, al hablar “de los Argonautas a la Tercera Roma”, es trazar un bosquejo de la configuración de Rusia en esta encrucijada de corrientes históricas y civilizadoras poniendo de relieve el factor “griego”. Desde esta latitud donde muere el Neva, un camino de ida y vuelta hacia el Sur, que a lo largo de casi tres milenios catalizó estructuras políticas, económicas y culturales de larga duración.

Como aclaración previa —ya que siempre hay que ser muy cuidadosos con el uso de los conceptos— cuando hablo de lo “griego” no me refiero a un concepto nacional y moderno, sino al componente cultural de su significado en nuestras lenguas modernas.

En la mitología griega, desde el viaje de los Argonautas y desde los relatos de Heródoto, el Ponto Euxino siempre simbolizó, desde las meridionales costas del Egeo, un Norte mítico, abierto a la inmensidad desconocida de las tierras que lo circundan. Como toda tierra ignota era un reto para la exploración y explotación de riquezas intuídas. La colonización de este “Dorado”, supuso para el mundo griego el masivo trasiego en sus naves de metales, cereales y demás materias primas que forjaron el comercio griego. Actividad que animaría, por esa misma época, *ca.* s. VII a.C., empresas similares por todo lo ancho del Mediterráneo, como testimonian los asentamientos griegos en nuestra Península Ibérica. En contrapartida, la larga cadena de colonias o establecimientos griegos, desde las riberas septentrionales del Ponto hasta las Columnas de Hércules —en la lejana Gades o Gadira— transplató los hábitos culturales, religiosos y políticos griegos que la arqueología ha puesto de manifiesto. Por lo que se refiere a los griegos mismos, actualmente tratan de evocar su dilatada presencia, por ejemplo en las costas del Mar de Azof, en Mariúpolis buscando una continuidad histórica de estas comunidades grecohablantes. No creo que sea lo más adecuado hablar de una continuidad. El transcurso de varios milenios y su secuela de mutaciones históricas quiebra cualquier noción de la historia como una cadena ininterrumpida. Me parece más acertado hablar de recurrencia. ¿A dónde se iba a emigrar? o ¿con quién se iba a comerciar, sino con los vecinos más próximos —rumbo Norte— de

Bizancio, Sinope o Trapezunte? Cada oleada de griegos, bien al socaire de las provechosas redes mercantiles venecianas y genovesas, bien como consecuencia de la pérdida de Constantinopla (1453) o Trebisonda (1461), bien por las pingües ofertas de Catalina II en la recién anexionada Crimea de 1778, es lógico que los griegos tendieran a establecerse en los únicos núcleos urbanos existentes, de fundación antigua, es cierto, pero cuyo pasado arqueológico estaba por redescubrirse. Querson, Olbia, Tiras, Borístenes, Panticapea, Teodosia, Tírtace, Mirmecion, Cércine, Ninfeon, Hermónasa constituyeron, por así decirlo, cabezas de puente que permitirían en épocas y períodos muy distintos ya de sus respectivas fundaciones, revitalizaciones parciales en el marco de la periferia helenístico-romana, bizantina, genoveso-veneciana, turca o propiamente rusa. En nuestro siglo las prósperas comunidades griegas del Sur de Rusia sólo se quebrarían con las secuelas de la Revolución y, sobre todo, con los masivos traslados de poblaciones después de 1922 y de la larga noche del estalinismo.

Los primeros colonizadores del Ponto Euxino, los milesios, ya se percataron de la importancia que como puerto podía tener el cabo más meridional de la costa occidental de Crimea, en el mismo emplazamiento en que Catalina II hizo construir, en 1784, la base de la flota del Mar Negro, Sebastopol (Querson). El lugar no era demasiado acogedor (*éuxeinós*) para los griegos. Heródoto cuenta que los feroces escitas de esta región, piratas y depredadores, sacrificaban a sus víctimas o náufragos de un garrotazo en la cabeza y que, después de cortada, la clavaban en una pica y arrojaban el cuerpo a un foso, al pie del templo de su diosa Virgen. Los tauros identificaban a esta diosa con Ifigenia. El mito cuenta que Orestes, su hermano, arribó a estos parajes, según el mandato délfico, para librarse de las Erinias que lo perseguían por el asesinato de su madre Clitemnestra. Los lugareños condujeron a Orestes a donde se hallaba su hermana para llevársela a Grecia. Eurípides en su *Ifigenia en Táuride* dice que en el último instante se apareció Atenea y ordenó al rey de los tauros que dejara partir a ambos hermanos y que se llevaran consigo el *xóanon* (leño antropomorfo) de la diosa Virgen, a la que "en adelante adorarán como Ártemis y la llamarán *Taurópolos*, diosa criadora de toros". Esta es la explicación mítica de que los griegos abandonaran esta costa para dirigirse a puntos más abrigados al este, como Teodosia, fundada por los mile-

sios a principios del s. VI a. C., denominada Teodosiópolis por los bizantinos y, más tarde (1261) Caffa, por los genoveses, vital para el comercio con Oriente, hasta su caída en manos otomanas. Caffa era la antesala del Bósforo Cimerio, una reproducción a escala del otro Bósforo, el Tracio, dominado por Panticapea, fundación jonia de fines del s. VII a.C., y con un emplazamiento análogo al de Bizancio. Panticapea (actual Kerts, Kertsion, como la denominaban los griegos en el s. XIX) llegó a convertirse en la cabeza del estado del Bósforo Cimerio desde finales del s. V a.C. hasta su incorporación al reino de Mitrídates Eupátor del Ponto en 108 d.C., como nos dice Estrabón (libro XI). En la orilla oriental del Estrecho de Kerts, florecieron Hermonasa y Fanagoria, puertas asimismo de la Meótide (Mar de Azof), mar que separa las tierras "negras" de la estepa ucraniana, al Oeste, de la gran estepa de Kubán, en la costa oriental. El límite entre Europa y Asia, lo sitúa Estrabón en el delta del Tánais (Don), donde, desde los últimos años del s. VI a.C., ya se levantaba la ciudad homónima. Tierras inhóspitas y sin fin pero que quizá antes conocieran otros emplazamientos, como parece indicar la abundante cerámica del s.VII a.C. encontrada en un radio de 400 kms.

Pero ¿qué buscaban los griegos — fueran jonios, o luego bizantinos— en estos remotos parajes, final ilimitado de la tierra entonces conocida? Lo mismo que luego los comerciantes de las repúblicas mercantiles italianas: sal, salazones, cereales, cuero, pieles, pero también esclavos — recordemos los famosos escitas, guardianes del orden público en Atenas—. La inmensa región de la Meótide se complementaba con la ruta fluvial del ámbar. El "camino de los varegos a los griegos" que a través de los cursos del Neva y el Dniéper, unía las aguas del Báltico con las también griegas ciudades de Odesa y Querson, pasando por Nóvgorod y Kiev. Sin duda alguna el centro más significativo de la presencia griega en el Sur de Rusia fue la antigua Quersoneso Táurica, Querson para los bizantinos, la moderna Sebastopol. Allí donde los primeros navegantes se toparon con los poco hospitalarios tauros, cazadores de cabezas, los dorios de Heraclea del Ponto fundaron en 422 a.C. este núcleo urbano y portuario, clave en el futuro para la configuración de Rusia. Querson nunca perdió su importancia estratégica con el paso de los siglos. En época romana y constantiniana, pese a lo aparentemente aislado y remoto de

su emplazamiento, era vital por su proximidad al delta del Danubio y término de las rutas que venían desde la misma Constantinopla y Trebisonda, además de escala obligada para el acceso a la Meótide. El mar hizo a Querson y Querson sería por mucho tiempo la puerta de las inacabables estepas, abierta a la Europa danubiana, a la Europa balcánica así como al Cáucaso y Asia Menor a través de los caminos del Ponto. Querson sobrevivió, en su lejanía, gracias al mar cuando el mundo tardorromano perdió el control de las bocas del Danubio y de las estepas. Los escitas y sármatas no helenizados se integraron en el estado ostrogodo de la Crimea del s. III. Los ostrogodos de Crimea, cristianizados, pero no arrianos, como sus hermanos de la Europa occidental, buscaron alianza con los bizantinos lo que permitió la supervivencia de Querson frente a las incursiones de hunos y pueblos de las estepas. La llegada del cristianismo a Querson es muy temprana, a finales del reinado de Trajano (II/III d.C.), lugar del martirio de San Clemente y de destierro de personajes como el obispo Timoteo de Gangra, del papa San Martín (665) o del emperador Justiniano II (695). En 833 el emperador Teófilo acometió la reorganización administrativa de la Crimea bizantina con la creación del tema de Crimea. Durante los ss. IX y X, la "pax Chazarica" en la región de las bocas del Don facilitaría las misiones diplomático-religiosas bizantinas para la cristianización de los aliados cázaros. Sin la base que significaban Querson y el correspondiente control de Crimea y la Meótide hubiera sido imposible la intensa actividad eclesiástica, diplomática y militar bizantina en relación con ávaros, hunos, protobúlgaros, eslavos, las gentes de Rus', varegos, pechenegos, cázaros, cumanos, árabes, que, por las distintas 'puertas' de Rusia llegaron a las tierras negras entre el Danubio y el Don. En Querson se encontraba la sede del estratego del Norte que recogía toda la información sobre los movimientos de los pueblos de las estepas. Desde Querson partía la flota imperial para sus intervenciones en el Danubio y en Bulgaria.

Por Querson pasaron los apóstoles Cirilo y Metodio, enviados del patriarca Focio, en el invierno de 860/1, para su misión en el canato cázaro del Volga-Don. Aquí, en el extremo noroccidental de Crimea, el metropolitano de Querson bautizaría en nombre del patriarca de Constantinopla al príncipe Vladimir de Kíev en 989, desposándolo con la princesa profirogénita Ana, hija del emperador Romano II y hermana del futuro emperador Basilio II.

Reiteradamente se han explicado los diversos factores políticos, religiosos, económicos, culturales y geográficos que propiciaron el que un pequeño principado, como el de Moscú, se convirtiera en el siglo XIV en la capital de una gran nación y más adelante de un imperio. Pero, como ha explicado John Meyendorff (*Byzantium and the Rise of Russia*, Cambridge, 1981) las raíces culturales, espirituales y políticas de los acontecimientos posteriores a la batalla de Kulíkovo (1380) se encuentran en el papel desempeñado por el moribundo imperio bizantino y que fue, por muchos aspectos, su mayor contribución a la historia de la Europa moderna. La geografía y la historia hicieron inevitables los contactos entre las tierras rusas y Bizancio desde la irrupción de Rusia como un estado y la de la comunidad llamada *Rus'* como una nación. Aunque se tiende a considerar a menudo que la inmensa tierra rusa ha sido prácticamente un continente aislado, lo cierto es que Rusia, cuando se empieza a aglutinar como nación, políticamente era una provincia del imperio mogol —puerta del Asia Central—, pero eclesiásticamente dependiente del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla. El papel de la diplomacia bizantina (especialmente la eclesiástica, repito) determinó el valor simbólico y religioso de Moscú, a ello ayudaron no poco los ya entonces viejos lazos culturales, económicos, políticos y religiosos de la periferia báltica —puerta del Norte— con Constantinopla, clave de la prioridad diplomática bizantina a la ruta “de los varegos a los griegos”. En el gigantesco camino fluvial formado por el Neva, el Voljov, el Lovat' y el Dniéper, las ciudades fortificadas de Nóvgorod y Kíev, más el rosario de bases bizantinas (las antiguas colonias griegas) del Ponto, irían cobrando cada vez mayor importancia para asegurar a los bizantinos una conexión con Europa occidental, que por el Mediterráneo se complicaba por el progresivo dominio árabe del mismo. Lo que Dmitri Obolensky denominó con acierto la “Commonwealth” ortodoxa, con centro en Constantinopla, propició que los príncipes de Moscovia, sucesores dinásticos y culturales del antiguo principado de Kíev, iniciaran la reunión de las tierras rusas con el prestigioso respaldo del centro religioso sostenido por el Patriarcado Ecuménico, Moscú, asegurando así su triunfo. Mientras, el gran enemigo de Constantinopla, la primera Roma, tutelaba a Lituania y a los principados rusos por esta controlados y que habrían de integrarse en el poderoso reino católico-romano de la Gran Polonia. Así se fraguaron la posterior historia de la Europa oriental y, en particular,

las turbulentas y, en ocasiones, trágicas, relaciones entre Ortodoxia y Catolicismo, dirimidas en primer término entre Polonia y Rusia.

El Imperio bizantino, después de haber contenido, malamente, las conquistas árabes; después de controlar, mediante su fórmula religiosa y militar, a los búlgaros y una vez superada la deletérea crisis iconoclasta, inauguró con la dinastía macedónica (867-1056) un fructífero período de consolidación y expansión de su influencia. En el Medio Oriente, los Balcanes e Italia, la expansión tuvo carácter esencialmente militar, mientras que en Centroeuropa y en Rusia revistió una forma de penetración eminentemente civilizadora a través, como decía, de las misiones cristianizadoras. En 867, el patriarca Focio anunciaba que el pueblo de Rus' (οἱ Ῥῶς), el cual poco antes había atacado a Constantinopla, aceptaba un obispo ortodoxo. No sabemos prácticamente nada de la posible organización de la Iglesia en Rusia durante esos primeros años, sólo la existencia desde el final de la Antigüedad del cristianismo en las ciudades griegas de Crimea. La acción diplomática pacífica durante el s. X, descrita en el *De administrando Imperio* de Constantino VII Porfirogénito, resultaba insuficiente para el mantenimiento y defensa de la ruta de los "varegos a los griegos" por las crecientes exigencias de los rusos. Sviatoslav sólo fue contenido por las campañas de Juan Tsimiscés (969-76). Sin embargo los rusos no perseguían ningún objetivo militar sobre Constantinopla. La Segunda Roma del Bósforo era, en el s. X, el centro incuestionable de la civilización cristiana, una urbe fascinante por sus palacios imperiales, el hipódromo y la Gran Iglesia de la Santa Sabiduría. No existía ciudad alguna que pudiera competir con ella. Su prestigio residía, no tanto en su fuerza, cuanto en su capacidad civilizadora. Así, la princesa Olga, madre de Sviatoslav, adoptó el cristianismo (957) y su nieto Vladimir siguió su ejemplo, pero no a título individual, por lo que se hizo bautizar con su pueblo.

El cristianismo aglutinaba de este modo a la *Russkaya Zemlya*. Vladimir emparentó con la dinastía reinante en Constantinopla al desposar a la hija de Basilio II (989). La adopción de la nueva religión se vio facilitada por las versiones en eslavo que, un siglo antes, habían realizado de las Escrituras y de la liturgia ortodoxa los hermanos Cirilo y Metodio (encargos del rey de Moravia, perfeccionado después en Bulgaria). A diferencia de los eslavos meridionales, que en los ss. XI

y XII habían sufrido en carne propia el poderío bizantino, Rusia no tenía que temer el riesgo de un dominio político por parte de Bizancio, la distancia y la magnitud del país lo hacían prácticamente invulnerable ante cualquier veleidad de dominio militar. La adopción del cristianismo ortodoxo por parte de los rusos fue de hecho una elección libre y, en el fondo, de mutuo interés para ambas partes y así se recordaría con frecuencia. Desde la primera Crónica rusa, compilada en Kíev en el s. XI (*Povest' vremennykh let*, editada por D.S. Likhachev, 1950), todos los relatos posteriores sobre la existencia de la nación rusa, repiten en sus proemios la idea esencial de aquella: la fascinación de los enviados de Vladimir a Constantinopla cuando asisten a la celebración de la misa en Santa Sofía. "No existe en la tierra mayor esplendor ni belleza, imposible de describir. Sólo sabemos que Dios está con esas gentes". Anécdota que ilustra elocuentemente el universalismo y el impacto misional de la cristiandad bizantina.

Después de la expansión árabe por todo el Oriente mediterráneo y sobre las comunidades cristianas orientales, no greco-hablantes, puede parecer que la Iglesia ortodoxa griega sólo controlaba los territorios de lengua griega del Imperio. De hecho, históricamente, así podía haber sucedido, como ocurrió, por ejemplo, con la Iglesia armenia, limitada a las fronteras de su propia lengua y cultura. Sin embargo, la visión política de las misiones bizantinas de los ss. X y XI, expandió el cristianismo bizantino por todos los Balcanes y Europa oriental hasta el Ártico, con lo que cumplía su carácter "universal", es decir, católico y se convertía en vehículo de civilización. De ahí el acierto de los conceptos de "Commonwealth" bizantina o de homogeneidad de "Bizancio y el mundo ortodoxo", acuñados y desarrollados por Obolensky y Ducellier.

Los bizantinos percibieron el bautismo de los rusos como una forma de integración en la estructura del Imperio. Y, en la práctica, los rusos, con su conversión, aceptaban en cierto modo la supremacía imperial sobre el resto de la cristiandad. Sin embargo, no siempre fueron fáciles las relaciones entre Bizancio y su periferia eslava como integrantes de esta estructura universalista, como demuestran las rivalidades con búlgaros y serbios. En este sentido, los rusos siempre fueron más leales con Constantinopla que sus hermanos meridionales y vieron siempre en la *Polis*, incluso en el difícil trance de las consecuencias



del Concilio de Florencia (1438), la fuente legitimadora de su fe y civilización.

Vladimir y luego Yaroslav trataron de reproducir en Kíev una suerte de Constantinopla. La catedral, dedicada a Santa Sofía, el monasterio de Pechersky (o de la Cuevas) adoptó la regla del de Studion y toda la literatura jurídica, histórica y teológica, no accesible en las primitivas versiones realizadas en Bulgaria, se tradujo *ex novo*. Esta integración en la ecúmene bizantina no estuvo exenta de roces. Al mismo tiempo en que los mejores artistas musivarios griegos (1037-46) decoraban Santa Sofía de Kíev, una flota kievina atacaba Constantinopla como habían hecho en tiempos las gentes de *Rus'* con príncipes varegos aún paganos. La escaramuza se saldó con la retirada rusa y el matrimonio del hijo menor de Yaroslav con una hija de Constantino IX Monómaco (1046), el fruto de esta unión, el príncipe Vladimir, también llamado Monómaco, se convertiría más adelante en el símbolo del legado imperial bizantino en Rusia. Después de la fallida escaramuza de Yaroslav nunca se volvería a repetir ningún ataque contra Constantinopla, seguramente porque la unidad de la Rusia de Kíev se deshizo, a la muerte de Yaroslav (1054). El país entró en un proceso de fragmentación en *udely* (principados) independientes aunque tributarios del Gran príncipe de Kíev. Las relaciones con Bizancio conocieron cada vez más dificultades cuando nuevos pueblos nómadas turcomanos, los cumanos irrumpieron en las estepas del Sur de Rusia, interrumpiendo el comercio con el Mar Negro.

La primitiva Rusia unificada de Vladimir y Yaroslav se transformó en tres en centros de poder: Kíev, Suzdal y Galizia. Entre 1140 y 1150, durante el reinado de Manuel I Comneno, los principados de Kíev y Galizia no fueron unos aliados muy seguros de Bizancio, acercándose en ocasiones a Hungría, a la sazón uno de los peores enemigos del Imperio. Suzdal, en cambio, mantuvo sus compromisos con los bizantinos, hasta el punto que sus historiadores vieron en ello el preludio del mutuo apoyo que, del s. XIV en adelante, existirían entre Constantinopla y el Gran principado de Moscú, sucesor del principado de Suzdal. Sin embargo la sutil diplomacia de los Comnenos por mantener el equilibrio de la ecúmene ortodoxa en relación con los principados rusos no podía prever el desastre que, en el s. XIII se abatió sobre todo el mundo ortodoxo. El saqueo de Constantinopla por los

cruzados en 1204 y la conquista de Rusia por los mogoles, iniciada en 1223 y rematada con la toma de Kíev en 1240, así como los intentos de Serbia y Bulgaria por aliarse con el Papa de Roma (ca. 1220), parecían ser el final del mundo bizantino-ortodoxo. Pero la continuidad de la solidaridad política y cultural del mundo ortodoxo haría que a partir de la segunda mitad del s. XIII, este saliera del cataclismo con un nuevo dinamismo.

La restauración Paleóloga de 1261 fue posible porque, durante los años del reino latino de Constantinopla, la comunidad ortodoxa tenía un importante mecanismo de supervivencia, basado en la fuerza de poderosos vínculos religiosos y culturales, así como una gran flexibilidad institucional. El basileo pudo volver a sentarse en el trono de Constantinopla, pero ya no se logró recomponer el antiguo poder del Imperio Romano de Oriente. Los sucesores de Miguel VIII estaban más preocupados de la supervivencia que de reconquistas ya imposibles; la combinación de estratagemas diplomáticas y la pura y simple suerte no pudieron evitar el colapso final ante los otomanos en 1453. En los 250 años finales de Constantinopla, el Imperio sólo lo era nominalmente, apenas podía controlar la Ciudad y sus alrededores, pero conservaba aún su prestigio e influencia ante los eslavos y, en particular, ante Rusia. En el s. XIV, los príncipes de la Casa de Rurik —al frente de los restos del antiguo reino de Kíev— estaban obligados a pagar tributo a sus respectivos dominadores: los janes de la Horda de Oro, el gran príncipe de Lituania y los reyes de Polonia. Mas la gradual preponderancia del principado de Moscú, a partir de su modesto papel como vasallo del jan tártaro, lo convertiría en el líder potencial de un mundo ortodoxo renovado.

Aunque en el oscuro período de hegemonía mogola las relaciones comerciales con el Báltico fueran muy precarias, la Iglesia rusa fue quien preservó la tradición cultural gracias a su vinculación con Constantinopla, única puerta que le quedaba a Rusia abierta con Europa. Sin embargo el Imperio estaba en su declive. A principios del s. XV, cuando Moscú empezaba a sacudirse el yugo mogol, la comunidad ortodoxa era ya más numerosa en Rusia que en el exiguo mundo griego y balcánico, casi todo él enteramente bajo dominio otomano. En esta coyuntura histórica inédita el Gran príncipe de Moscovia empieza a considerar si no sería más adecuado que él estu-

viera a la cabeza de la ecúmene ortodoxa en lugar del Basileo. Los rusos eran, en cierto modo, más ortodoxos que los griegos que buscaban desesperadamente un apoyo de Occidente, aun al precio de doblegarse ante el Papa de Roma. Moscú no podía ver con simpatía un Imperio en disolución que mendigaba la ayuda occidental, cuando Roma estaba dando alas a sus rivales lituanos y polacos y tampoco había movido un dedo para proteger las tierras rusas de los mogoles. Cuando Constantinopla cae definitivamente en 1453, Rusia, como casi todos los ortodoxos, estaba convencida de que era el castigo divino por el intento impío de la unión con la Iglesia de Roma.

La caída de Constantinopla alteró definitivamente la situación. No existía ya un emperador, representante de Dios en Zarigrado, y el Patriarcado, al reconocer la soberanía del Sultán, era visto por los rusos como un vasallo de los infieles. De toda la cristiandad ortodoxa, sólo escapaban al Islam el lejano y aislado reino de Georgia y el Gran príncipe de Moscú. Cuando en 1480, Iván III se declara independiente de la Horda de Oro y soberano de todas las Rusias, queda en condiciones de ostentar con legitimidad el título de Zar como sinónimo del de Basileo. Antes, cuando lo habían llevado los zares de Bulgaria o de Serbia, no era más que la adaptación fonética de *kaîsar*, es decir "césar".

La noción de Moscú como Tercera Roma y, consecuentemente, la del Gran príncipe como emperador sagrado, se abre paso pocos años antes (1441) de la caída de Constantinopla, cuando el príncipe Vasilii II, "por necesidad, no por orgullo ni por insolencia", nombra metropolitita de Moscú a Jonás sin esperar la confirmación de Bizancio, aunque el propio Vasilii se cuidara bien de proclamar su fidelidad a la Iglesia constantinopolitana. Poco después, en 1451, Jonás predice la caída de la Segunda Roma. Cuando años más tarde Santa Sofía ya es mezquita, Iván III declara (1470) que el Patriarcado no tiene ya jurisdicción sobre la Iglesia rusa, aunque por respeto los metropolitanos rusos seguirán solicitando la confirmación del Patriarca al que reconocen libremente como su superior. Los griegos estaban obligados a contemplar como señor al Sultán, pero los rusos no. A los ojos de éstos era evidente la necesidad de que alguien, con legitimidad suficiente, ocupara la vacante del Emperador de la Ortodoxia. En 1492, el metropolitita Zósimo escribe: "el emperador Constantino fundó una nueva Roma; pero el nuevo Constantino, soberano y autócrata de todas las Rusias,

Iván Vasílievich, ha puesto los cimientos para una nueva ciudad de Constantino, Moscú". Iván III había tomado por esposa en 1472 a Zoe Paleologuina, una sobrina de Constantino XII Paleólogo, el último emperador de Bizancio. La princesa había ido al matrimonio, arreglado por el Papa, como católica, pero se rebautizó como Sofía, volviendo a la ortodoxia. Iván entrocaba así con la última dinastía imperial, aunque él reclamara para su persona y su descendencia la legitimidad desde el lejano matrimonio de Vladimir de Kíev con Ana Porfirogénita (la hija de Basilio II). Puro simbolismo, puesto que el primer príncipe cristiano de Kíev no tuvo hijos.

La idea de "Moscú, Tercera Roma", se apoya en la noción de la *translatio imperii*, concepto que encierra un doble significado, legitimidad y renovación. Legitimidad imperial de los herederos de Rúrik, emparentados con Augusto, según la filiación justificadora establecida por Espiridón-Sabas, metropolitano de Kíev (1511-21), y que se aplica a todos los príncipes de Vladímir en la literatura legitimista rusa del s. XVI. La renovación, por su parte, posee un componente religioso simbolizado en la transferencia (*translatio*) de las insignias imperiales. El clero ruso forjó la leyenda de que Constantino IX Monómaco (1042-1055) había transmitido a su nieto Vladímir Monómaco (1113-1125) dichas insignias —la célebre *shapka* de la Armería del Kremlin, en realidad un objeto oriental tardío (ss. XIII ó XIV), sin la menor relación con Bizancio—. Ideológicamente, el valor de toda esta simbología legendaria es colocar a la dinastía reinante en condiciones de asumir la renovación del Imperio critiano —es decir, ortodoxo— de la misma manera que antaño Constantino había asumido, cristianizándolo, la renovación del antiguo Imperio romano al recibir de manos angélicas las insignias del poder. En las palabras de Filoteo se confirma este doble sentido de la *translatio*, legitimidad y renovación.

Los griegos, aun súbditos leales, integrantes del *rûm millet* —*gens christiana*— del sultán, no veían con malos ojos la idea de que un monarca poderoso tutelara la Ortodoxia. Un monje de Pskov, Filoteo, dirigió al zar Vasílii III en 1511 la declaración más elocuente de la *renovatio imperii* y que habría de hacerse proverbial:

«Serenísimo y supremo soberano, gran príncipe, ortodoxo zar cristiano y señor de todos [...] Brilla ahora en el universo, como

el sol en los cielos, la Tercera Roma [...] Dos Romas han caído, pero la Tercera permanece y no habrá otra Cuarta.»

El memorial del monje Filoteo iba acompañado de una detallada relación de las obligaciones del Zar conforme al carácter teocrático de la figura del Emperador bizantino. Sin embargo el modelo que ahora se respaldaba, ideológicamente difería bastante del prototipo griego. Así, para los bizantinos el emperador era el representante de Dios ante el pueblo, pero a su vez el emperador representaba a su pueblo ante Dios, lo cual significaba algo muy importante: en último término no se podía olvidar la soberanía del pueblo. Este principio se había mantenido, incluso reforzado, a lo largo de los siglos a través de la educación secular, con lo cual, a pesar de su tremendo poder, la Iglesia bizantina no dominaba por completo la vida de Bizancio. En la vida del Imperio fueron muchos los laicos impuestos en teología, tanto o más que el clero. Por otra parte, dentro de la Iglesia bizantina siempre hubo sectores abiertamente reticentes a la pompa y el poder la jerarquía por su excesiva vinculación con el poder imperial. Pero Filoteo y los doctrinarios rusos desconocían por completo la vieja tradición democrática greco-romana que subyacía en el legado bizantino. En la mentalidad de la Iglesia rusa, la autoridad del soberano procede enteramente del Cielo, añadiéndose además un componente escatológico que no existía en la doctrina imperial bizantina. Rusia es considerada como el reino profetizado por Daniel, el cual “nunca será destruido”. El resultado será la consideración de la teocracia rusa — con el Zar y la Iglesia en perfecta armonía — como realidades interdependientes, instituidas por Dios y situadas por encima de cualquier crítica terrenal.

Esta concepción tardaría tiempo y sordas luchas en imponerse. El sector doctrinario, conocido como de los “Poseedores” o “Josefinos” (por José Volotski 1440-1515, fundador del monasterio de Volokomansk), al que pertenecía Filoteo, era el que propugnaba convertir la Iglesia en el órgano motor del Estado teocrático. El otro sector, los “Desposeídos”, también conocidos como Zavolguetsi (“los de más allá del Volga”, por refugiarse en esa región donde el poder del zar era menor) y que estaban vinculados a la tradición ascética del Monte Atos y al rigorismo de hesicastas y arsenitas, su primer gran representante en Rusia fue Nilo, higúmeno de Sor, con una cierta influencia sobre el zar Iván III, hasta que éste se dejó atraer por las

ideas representadas por José Volotski, bastante más útiles para un autócrata. Durante el breve período que los “desposeídos”, con Máximo el Hagiorita, o el Griego, a la cabeza, estuvieron en buena relación con Iván III, su trabajo se reflejó en un renacer de las bibliotecas monacales y eclesiásticas rusas. Máximo, persona muy culta, formada en Florencia, algo influenciado por Savonarola, llevó a cabo una inmensa tarea como traductor de literatura teológica del griego al ruso, pero cayó pronto en desgracia por no aceptar la autoridad espiritual del zar. Incluso en su destierro-prisión del monasterio de Volokomansk —el feudo de sus enemigos— continuó su fecunda labor intelectual. Su prestigio, a mediados del s. XVI, era enorme, pese a la forzada reclusión. Aunque Iván IV, el Terrible, lo rehabilitara, los “desposeídos” ya no significarían ningún obstáculo para el absolutismo teocrático. La actividad de Macario de Luzhetski fue determinante para anular a los “desposeídos”. Suprimió su caldo de cultivo, los monasterios pequeños y pobres de recursos. El monacato fue reducido a grandes complejos (*lavras*), rígidamente controlados por la jerarquía, es decir por el Zar. Los resultados de la política de Macario se pusieron de manifiesto en 1569, cuando el metropolitano Filipo fue depuesto por un Sínodo servil y condenado a muerte por haber osado reprobar la crueldad de Iván el Terrible. Este hecho venía, paradójicamente a dejar vacío de contenido el pomposo título de Tercera Roma para Moscú. La naturaleza de la vinculación con las dos Romas precedentes no era otra que la de conferir una perspectiva ecuménica, universal, al nuevo Imperio cristiano. El empecinamiento “josefinista” de subordinar la Iglesia y su misión ecuménica al poder temporal del zar de Moscú, desvirtuaba esa misión al convertirla en puro nacionalismo. Fieles a la propia lógica del “josefinismo”, quienes apoyaban esa visión reduccionista de la Tercera Roma no tenían motivo alguno para seguir siendo leales con la Segunda Roma —la cautiva Estambul—. Así es como la Santa Rusia comenzó a cerrar intelectualmente sus fronteras para convertirse en un mundo aparte.

Sin embargo, el prestigio de Constantinopla no podía echarse en olvido y el Patriarcado continuaba siendo todavía ecuménico y gozaba de la primacía sobre toda la ortodoxia, independientemente de la situación política de cada pueblo. Iván el Terrible era consciente de que difícilmente podría ponerse a la cabeza de la ecúmene ortodoxa si no contaba con el apoyo y la buena voluntad del Patriarcado, por su

parte, éste —a pesar del *status* pactado desde la época de Mehmet el Conquistador mediante el cual el sultán era el protector del *rûm millet* y el patriarca, la cabeza de los ortodoxos englobados en el imperio otomano— comenzó a considerar la posibilidad de que algún día el zar de la Tercer Roma pudiera ser el protector cristiano de la cristiandad ortodoxa bajo soberanía otomana.

Iván el Terrible se hizo coronar por el metropolitano de Moscú (1547) con un ceremonial idéntico al de los emperadores bizantinos. En 1551, el zar reunió unilateralmente un sínodo donde se aprobó el *Stoglav* (los 100 capítulos) con unas normas rituales para Rusia, no precisamente conformes con las vigentes en la Iglesia griega. Los monjes del Atos protestaron y el Patriarcado se inquietó. Josafat II le sugirió que un legado suyo debería proceder a una nueva coronación, pero el zar ni se inmutó. Cada vez se iba consolidando más en Rusia la idea de elevar el rango del metropolitano de Moscú a Patriarca, si bien este ambicioso proyecto de la Iglesia rusa tropezaba con el obstáculo de su propia política aislacionista. Fue una vez desaparecido Iván el Terrible cuando, con el carácter más accesible del príncipe Fiodor y la inteligencia, realismo y sutilidad del patriarca Jeremías II, se facilitó el diálogo. El nuevo zar recogió velas sobre el valor del irregular Sínodo de 1551 explicando que la Iglesia rusa no pretendía ser más ortodoxa que la de Constantinopla y solicitó abiertamente el patriarcado para Moscú, en orden tercero de prelación, tras los de Constantinopla y Alejandría, por delante de Antioquía y Jerusalén (Roma ya no contaba). El patriarca Jeremías, hábilmente, aprovechó un viaje pastoral a Moscú y promovió solemnemente a patriarca al metropolitano Job, reconociendo además la permanencia del nuevo Patriarcado moscovita y el derecho a que, en adelante, los obispos rusos lo eligieran en el seno de su propio Sínodo. El zar se avino a reconocer al patriarca de Constantinopla como “Padre de los Padres”. A su vez Jeremías consideraba al zar como “serenísimo y gloriosísimo gobernante ortodoxo, amado de Cristo y coronado por Dios”. Aunque lo más significativo resultaba la consideración de que:

«Desde que la Primera Roma cayó en la herejía y la Segunda cayó en manos del infiel turco, tu gran reino ruso, piadosísimo zar, es mucho más pío que los anteriores reinos, es la Tercera Roma [...] y sólo tú, bajo la capa del cielo, mereces ser llamado

ahora Emperador cristiano de todos los cristianos; además, nuestro acto de establecimiento del Patriarcado se realizará conforme a la voluntad de Dios, la oración de los santos de Rusia y la tuya propia».

La ingeniosa e inteligente solución dada por Jeremías reconocía políticamente a Moscú como Tercera Roma, pero no eclesiásticamente. Por fin se transferían así a los emperadores de Moscovia los derechos y obligaciones que, como cabezas del poder terrenal, habían correspondido antes a los emperadores de la Antigua y de la Nueva Roma, pero la suprema autoridad eclesiástica seguía recayendo en la Pentarquía de Patriarcados con Constantinopla a la cabeza, Moscú se añadía ahora como nueva sede para mantener el número, una vez excluida Roma por hereje.

Esta fórmula acordada por Constantinopla y Moscú supuso histórica y culturalmente la culminación del largo proceso de mutua influencia entre el mundo griego y el ruso, pero también abría una etapa nueva en la que nada acabaría como se pretendía. Tras la pronta extinción de la dinastía de Rúrik, a la muerte del zar Fiodor (1598), Rusia entró en un agitado período —época de los "falsos zares"— en el que la Ortodoxia jugaría el decisivo papel de mantener unido a su pueblo frente al renovado acoso de Suecia, de Polonia y de la ofensiva de la Iglesia católica (conquista de Ucrania y Rutenia). Una vez restablecido el poder central, en la entronización de la nueva dinastía de los Romanov (elegida por los boyardos), el zar Mijail Fiodórovich anunció la elección de Filareto como patriarca de Rusia con la bendición de los de Constantinopla y Jerusalén. Se confirmaba así el derecho que, en adelante, tendrían los zares ("el trono ruso de la Iglesia de Dios") a designar sus propios patriarcas.

Las difíciles vicisitudes políticas y religiosas entre finales del s. XVI el s. XVII, con los problemas derivados de la pugna entre Ortodoxia y Catolicismo —ofensiva uniata en Ucrania, intentos de la reforma criptocalvinista del patriarca Lúcaris, etc.— supusieron disociaciones y reencuentros entre las iglesias rusa y constantinopolitana, pero tuvieron efectos positivos. Así, por ejemplo, Piotr Moguila, al frente del episcopado de Kíev, combatió las interferencias católicas con la potenciación intelectual de clérigos y laicos mediante la fundación de numerosas



escuelas donde se estudiaba griego, latín, antiguo eslavo y la ciencia occidental, así como con la creación de una Academia teológica. Kíev sería la cuna intelectual de las grandes reformas que habrían de venir con Pedro el Grande. La otra gran figura, responsable de la reforma más profunda de la iglesia rusa, vendría de la mano de otro metropolitano, Nikita Minin, de Nóvgorod, patriarca luego con el nombre de Nikon y que llevaría de nuevo a estrechar la relación con Constantinopla. El zar así volvió, ahora con más fuerza, a convertirse en el protector de toda la Ortodoxia cuando los griegos dejaron definitivamente de debatirse entre las tendencias unionistas y protestantes.

Las reformas propiamente rusas de este período, lideradas en gran parte por el Arzobispo Abacuc, condujeron a la autarquía espiritual y política de Rusia. La Tercera Roma, considerada como única depositaria del favor divino, y demostrado ya que no necesitaba de reformas inspiradas en modelos exteriores, se basta ella sola para salir adelante. Asistimos así, paradójicamente a una especie de triunfo de muchas de las actitudes propugnadas, un siglo antes, por los "desposeídos". La profunda diferencia estaba ahora en que, aunque se viera en el componente griego de la Ortodoxia una suerte de modelo legitimador, el brazo armado, el auténtico poder terrenal, capaz de guiar políticamente a la ecúmene ortodoxa, quedaba en manos del zar, ungido y bendecido por una Iglesia que llegó al punto de obligar al zar Alejo a hacer penitencia por el asesinato, un siglo antes, del metropolitano Felipe por Iván el Terrible. Nikon acabaría cayendo pero sus reformas perduraron. Pedro el Grande, consciente de las ventajas por el reforzamiento teocrático de su poder, pero sabedor también del desafío potencial a su autoridad que significaba la sumisión moral a la potestad de una Iglesia robustecida, optó por abolir en la práctica el patriarcado moscovita, que no reviviría hasta después de la Revolución bolchevique.

La supresión del Patriarcado, sustituido por un exarca en funciones reintegró canónicamente la Iglesia rusa a la autoridad del patriarca ecuménico, pero en la práctica el metropolitano en funciones seguía garantizando la independencia funcional. Mientras, el zar, con un poder ya absoluto, y portador del título de Emperador, era moral y efectivamente el protector de todas las Iglesias ortodoxas. Sólo restaba conquistar algún día la ciudad de los Patriarcas, un objetivo constante de

la política rusa hasta el final de la dinastía Romanov y que condicionaría la historia no sólo de los rusos y los griegos, sino de todo el Sureste europeo hasta hace bien poco.

Paneslavismo y panhelenismo, reprobables en gran medida desde un plano auténticamente espiritual, corren desde entonces paralelos con los sucesivos sistemas autoritarios que, difíciles de desarraigar por haberse edificado sobre bases socioeconómicas arcaicas, se reparten aún gran parte de la Europa oriental; no expresan ciertamente la Ortodoxia y constituyen incluso la peor de sus caricaturas, pero conviene saber que reposan sobre una de las principales tradiciones ortodoxas, la bizantina.

San Petersburgo, Septiembre 1994